

LOS IDUS DE OCTUBRE

EL ESCRITOR

Los comienzos

De chico, Pablo siempre pensó en ser escritor. Le apasionaba sentarse con su cuaderno anillado con hojas cuadriculadas y escribir sobre todo lo que lo rodeaba. A veces describía simplemente lo que veía por la ventana de su dormitorio, frente a la que se sentaba mirando la calle, el tránsito y los peatones. Cuando pasaba alguna persona que le parecía diferente, creaba una historia imaginando su vida, su trabajo y su familia. En las vacaciones en el valle de Punilla iba con su cuaderno y describía el paisaje con las sierras, el Pan de Azúcar y las canteras que se veían a lo lejos y que con su color blanco amarillento quebraban el verde de lo que para él eran las montañas más grandes del mundo. Sin embargo, nunca escribió una historia que lo pusiera a él o a sus padres en el centro del relato. Él sabía que había sido adoptado. Desde chico se lo habían dicho, probablemente porque su piel cetrina y su pelo negro, sus ojos marrones oscuros y su nariz algo prominente lo hacían muy diferente de ellos, aunque, como le habían dicho, no lo hacían menos atractivo. Mamá Elsa era rubia y de ojos celestes, nariz y boca pequeñas. Papá Sergio, en cambio, tenía una avanzada calvicie que él mismo reconocía que había comenzado cuando solo tenía veinticinco años, aunque, aun así, no impedía reconocer el color rojizo de su pelo que también se veía en sus cejas y que hacía juego con unas mejillas que siempre dejaban la impresión que acababa de correr por kilómetros.

Pablo creció feliz junto a ellos desde los seis meses que tenía cuando que lo habían adoptado. Elsa le había contado que sus padres biológicos, humildes trabajadores del interior, no podían mantenerlo junto a sus otros cinco hermanos y gracias a un juez pudieron hacer los trámites para que se transformaran en sus padres legales. Nunca preguntó más sobre sus orígenes ni pensaba en ellos. Con el tiempo, de vez en cuando se preguntaba si sería porque no quería juzgarlos o porque no quería entristecer a esas dos personas que le habían permitido crecer sin angustias, educándose en un colegio privado, y apoyándolo cuando quiso estudiar la licenciatura en Letras en la Universidad Católica, donde al recibirse había conseguido un trabajo en la Administración de la carrera. No era lo que él esperaba, pero al menos podía pagar sus gastos y estaba cerca de ese mundo que lo había envuelto desde el primer día que tuvo un lápiz en su mano y supo cómo unir las letras para formar una palabra y cómo con palabras conseguía contar historias.

No era malo escribiendo, tenía ingenio y sentido del humor. Sus relatos le gustaban a todos aquellos con los que los compartía, pero su primer ensayo de libro no consiguió pasar los filtros de los varios editores a quienes se lo había presentado. La crítica que le hacían es que le faltaba profundidad, que eran relatos en los que faltaba que él se metiera en la piel de los personajes e hiciera suyas las historias. Pablo lo comprendía, sabía que cuando escribía un cuento, hablaba de otros, de cosas que les pasaban a esas personas, pero no conseguía sentir como ellos. Era como cuando en Córdoba describía las sierras o cuando imaginaba dónde iban los autos que pasaban bajo su ventana. Nunca había escrito en primera persona porque se veía como un espectador del mundo, y cuando intentaba hacer algo diferente sentía que había una barrera que le impedía expresar sus sentimientos. No quería o no sabía hacerlo. Igual que con sus padres o con las varias novias que tuvo, pero a quienes nunca llegó a decirles Te Amo. Simplemente no le salía.

Pablo y el viejo

El viejo Candia se puso a pensar mirando el techo del bar como si la respuesta estuviera todavía legible en el cielorraso aún blanco, pero con manchas de tiempo matizándolo.

Recogió el cigarrillo que estaba apoyado en el cenicero triangular dorado con el nombre de Cinzano en cada lado y dio una pitada prolongada. Cuando terminó la inspiración dejó el cigarrillo entre los labios y entrecerró los ojos para que el humo que subía no lo irritara.

Después de un tiempo en el que Pablo se había comenzado a preocupar por su inmovilidad, tomó nuevamente el cigarrillo entre sus dedos, que manchados por haber repetido ese gesto miles de veces habían tomado un color parecido al yodo, y exhaló una bocanada interminable de humo antes de decir: —El cuento, mi querido Pablo, es una saeta que tiene que partirte al medio.

Apretó el resto del cigarrillo en el cenicero con la precisión de un relojero, asegurándose que después de hacerlo no se elevara ni una brizna de humo. Al menos podría decirle al gallego dueño del bar que ya que lo dejaba fumar pese a las leyes y las protestas de algunos clientes de paso que no conocían al viejo Candia, él tenía la precaución de no dejar tras de sí rastros de su pequeño pecado diario, ese que comecía a escondidas de María porque ella sabía que su médico le había prohibido fumar.

—Una saeta que te parta al medio... —repitió Pablo como tratando de digerir la frase y su significado. —¿Qué te dije? —refunfuñó.

—Sí, sí, una saeta que te parta al medio. ¡Pero entonces es más difícil de lo que pensaba!

Lo miró con los ojos entrecerrados como si aún el humo del cigarrillo estuviese subiendo desde sus labios.

—¿Y por qué te pensás que hay menos cuentistas que novelistas?

—No sabía —se excusó.

No estaba seguro si lo estaba retando o educando, pero siempre era así con él. Ese hombre podría ganar el concurso del mayor gruñón de Buenos Aires, pero también se habría llevado un diploma por estar entre los más sabios.

Lo había conocido dos años atrás, un día en que Pablo estaba escribiendo en su cuaderno anillado con hojas cuadriculadas en una mesa del bar y el viejo Candia se sentó en su mesa sin pedir permiso. Hablaron durante más de una hora sobre literatura, historia, fútbol y mujeres y comenzaron una relación de cordialidad y de confianza, de discusiones sobre política y por sobre todas las cosas, para Pablo se convirtió en una forma de diálogo que nunca antes había tenido con alguien. Elsa y Sergio habían sido los padres más cariñosos que podía haber pedido, pero no eran de hablar mucho. Su amor por él se mostraba en los gestos, en las caricias silenciosas que su madre le daba con frecuencia y en el orgullo que su padre demostraba cada vez que le iba bien en un examen o cuando contaba que había comenzado a salir con una nueva novia.

Con Candia los diálogos eran diferentes, por sus manos y sus ojos habían pasado innumerables libros de los autores más variados. Sin embargo, nunca los había guardado, nunca había tomado dos veces un libro, y cuando terminaba uno, o lo devolvía inmediatamente a quien se lo hubiera prestado o, si lo había comprado, encontraba alguien a quien regalárselo. Pablo mismo tenía en el departamento al que se había mudado unos años atrás no menos de veinte libros aún sin leer, de los muchos que él le había dado, y envidiaba al viejo Candia, que lograba empezar y terminar uno nuevo cada dos o tres días. Y eso era así desde que los más antiguos del barrio lo conocen.

Una vez se puso a hacer cuentas en medio de un café y llegó a la conclusión que, si leía un libro, digamos, cada cuatro días, para ser conservadores, y pensando que su afán por la lectura había empezado a los ... veinte años, con sus setenta años actuales ... ¡la cuenta daba cerca de cuatro mil quinientos libros leídos! Y lo mejor de todo es que guardaba recuerdos, aunque en algún caso algo vagos, de cualquiera que uno le preguntara. ¿Cómo, entonces, no iba a conversar con él sobre su deseo de escribir?

Había bajado la temperatura y las nubes amenazaban lluvia cuando el mozo se acercó a la mesa a bajar la ventana que habían abierto para que el humo del cigarrillo de Candia no se metiera dentro del negocio. Pablo pidió otra vuelta de cafés, uno negro y sin azúcar ni edulcorante para su invitado y para él cortado y en jarrito. No tenía que preguntarle si quería o no, para él un café más era la oportunidad para quedarse en el bar, pensar y hablar.

—Mirá Pablo —le dijo— escribir, escribe cualquiera, pero hay dos reglas básicas que nunca tenés que olvidar si querés llegar a algo. La primera es que quien te lea se interese en lo que vas a contarle. Y no tenés más que unas pocas líneas para lograrlo. Esa persona tiene que desear llegar hasta el final sin detenerse. Aun cuando hubiera comenzado a leer para conciliar el sueño debe dejar de lado el reloj y que las horas pasen porque en ese mundo en que se ha sumergido no hay relojes, no hay citas ni hay cansancio, solo hay sueños.

El viejo Candia se quedó en silencio, abrió la ventana mientras miraba desafiante al dueño del bar, encendió otro cigarrillo y tomó un sorbo de café dejando que su acompañante asimilara lo que acababa de decirle.

—La segunda es que tenés que vivir lo que estás contando y llorar o reír con el protagonista. Tenés que sentir que el placer te invade cuando describas el roce de su cuerpo con el de la mujer que tiene a su lado en la cama, tenés que enfrentarte a sus dudas y hacerlas tuyas y sufrir cuando las cosas no salen como él o vos las esperaban. —hizo otra pausa para cerrar con una de sus frases— Al fin y al cabo, nadie, nunca, lee un libro. Se lee a sí mismo.

Otra vez una frase que nunca sabría si era propia o si la había tomado de alguien que la dijera antes, pero que la absorbió tratando de mantenerla en su cabeza para pensar en sus implicancias más tarde, cuando estuviera en su casa.

El hombre terminó su café de un sorbo, sacó un billete de cien pesos de su bolsillo y lo dejó debajo del cenicero.

—Espero que alcance, —dijo— me voy porque María debe tener listas las lentejas.

El viejo Candia se levantó con algo de esfuerzo hasta que se apoyó en el bastón y se fue sin despedirse, dejando a Pablo sumergido en sus pensamientos. Sería la última vez que se veían.

.....

El cuento continúa hasta que Pablo descubre qué lazos lo unían al viejo Candia y cómo influyeron en su profesión de escritor.